

## CRISTIANOS Y SOCIALISTAS

Hace ya casi veinte días saltó a los periódicos el proyecto de manifiesto socialista elaborado conjuntamente por el P. S. O. E. y el P. S. P., y son numerosos los españoles que han esperado desde entonces alguna aclaración a los muchos aspectos sorprendentes que aquel manifiesto incluía. Pero estas aclaraciones no han llegado o se han limitado a vagas afirmaciones que trataban de reducirlo a un «simple borrador perfectible». Pero las ideas de aquel proyecto encerraban demasiada carga para tan poca explicación. Hasta el punto de que muchos están preguntándose ya si ciertos gestos socialistas de estas últimas semanas no habrán de interpretarse como simples fintas de distracción para alejar la atención del punto clave del problema.

Porque ese punto clave está en que el socialismo español sigue, a estas alturas, sin definirse claramente. Y esto es demasiado grave para un grupo que se presenta como alternativa de poder.

Lo cierto es que más de ocho meses después de las elecciones los españoles siguen sin poder encuadrar claramente en lo ideológico a la segunda fuerza política del país.

Durante la campaña electoral el Partido Socialista se presentó como muy poco más que un partido renovador, que tenía el máximo cuidado en no definirse ideológicamente. La palabra «marxismo», la «lucha de clases», las mismas ideas revolucionarias, se arrinconaron en una piadosa trastera, cual si se tratase de capitalizar indistintamente a todos los descontentos del régimen anterior, fuese la que fuese su contextura ideológica.

En las intervenciones del secretario general del partido —ahí está la reciente de Felipe González en el Club Siglo XXI— lo que parece ponerse sobre el tablero es una socialdemocracia a la europea, un partido, sí, que aspira a desbordar al capitalismo, pero que acepta todo tipo de plazos y de pactos y que parece mostrarse radicalmente respetuoso con todos los valores espirituales tradicionales del país.

Y, de pronto, en el manifiesto a que estas líneas se refieren, se suelta el escopetazo de un socialismo entendido como partido radicalmente de clase, frontal y plenamente marxista, dispuesto a entender la lucha de clases como motor fundamental de la historia y a actuar, en consecuencia, desde la calle allí donde la acción parlamentaria no llegue.

¿Cuál de los tres socialismos es el español? ¿A cuál apoyaron los millones de españoles que le votaron? ¿Cuál es la verdadera ideología que anima a quienes se presentan como alternativa de poder? Que buena parte de la sociedad española esté alarmada ante estas preguntas es algo no sólo comprensible, sino elementalmente lógico. Que muchos de los que votaron al socialismo en el pasado junio quieran saber en qué manos depositaron sus votos es no sólo un derecho democrático, sino también una elemental obligación ética.

ABC, que ya comentó este problema en sus aspectos políticos en sus editoriales y a través de las plumas de sus colaboradores, quiere poner hoy el acen-

to en uno de los aspectos más especialmente delicados del problema: en la angustia de conciencia que esa radical afirmación de marxismo crea a muchos españoles que, pudiendo compartir aspectos sociales o políticos del programa socialista, ven, sin embargo, mezclarse con ello y poner en peligro algunas de sus más profundas convicciones religiosas.

Los dirigentes del P. S. O. E. han dicho en alguna intervención pública que el 30 por 100 de sus militantes se proclaman cristianos. Y nadie duda que, consiguientemente, el número de cristianos entre sus votantes es probablemente mayor. ¿Puede, pues, el socialismo español dejar entre tinieblas un punto tan central en su ideología y que tan vitalmente afecta al pensamiento de un alto porcentaje de sus seguidores? ¿Es incluso inteligente que cuando los mismos grupos comunistas —ahí está la famosa carta de Berlinguer a monseñor Betazzi— comienzan a tomar sus distancias respecto al marxismo y pasan —o dicen que pasan— de una ciega aceptación de su ideología a una simple inspiración en algunas zonas de la misma puede, decimos, el socialismo encastillarse en una plena e indiscriminada aceptación del marxismo como línea de pensamiento y de acción?

Quien siga la evolución del pensamiento cristiano ante los socialismos percibirá el tránsito desde la radical oposición y condenación de un Pío IX y un León XIII a los distinguos que comienzan a marcarse con Pío XI y se clarifican definitivamente en los documentos de Pablo VI. Y esto no tanto porque la Iglesia haya cambiado en la valoración de los principios como por el hecho de que el propio socialismo ha ido pluralizándose, purificándose y buscando formas de convivencia con otro tipo de corrientes ideológicas. ¿Y ahora regresará el socialismo español a un marxismo sin distinguos?

Hay en el socialismo —Pablo VI lo reconoce en su «Octogesima Adveniens»— elementos que son de gran atractivo para los cristianos que creen ver en él «un cierto número de aspiraciones que llevan

ABC. VI

dentro de sí mismos en nombre de su fe», y por ello «tienden con frecuencia a idealizarlo en términos, por otra parte, muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad».

Pero quizá con ello olvidan —como el propio Pablo VI teme— «las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen». Todo socialismo —y el español está volviendo a demostrarlo— tiende a regresar a su ideología como el criminal al lugar de su crimen o el añorante a sus tierras de infancia. Por eso —prosigue el Papa—, «entre las diversas formas de expresión del socialismo, como son la aspiración generosa y la búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, y la ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre, hay que establecer distinciones que quilarán las opciones concretas».

Esta es la petición que en nombre de muchos cristianos formulamos hoy: haga con claridad el socialismo español esas distinciones para que ellos puedan tomar sin engano y con seguridad esas opciones que son para muchos fundamentales.

¿Qué están queriendo decir los socialistas cuando se proclaman marxistas? ¿Qué están entendiendo por un partido de clase, qué cuando se disponen a entender y usar la lucha de clases como motor único de la historia? ¿Cuáles de los estratos del marxismo asumen plenamente y ante cuáles se distancian o actúan críticamente? ¿Su opción marxista es la apuesta por «una ideología basada en el materialismo histórico y en la negación de toda trascendencia»?

Es claro que militantes y votantes socialistas, e incluso quienes se oponen radicalmente a toda forma socialista, tienen derecho a que el Partido Socialista español termine de aclararse y deje de usar como arma de atracción la permanente ambigüedad que hasta el presente le caracteriza. Este doble juego de una cara reformista en las elecciones y un rostro socialdemócrata en las conferencias, frente a unas cerradas formulaciones marxistas en los manifiestos, tiene que terminar si es que estamos en una democracia. Porque la primera ley de ésta ha sido siempre el juego limpio.